

Guatemala

Julia Kammler

Heidelberg, ALEMANIA,
j.kammler@web.de

Levántense chicos. ¡Levántense ya!» La voz enérgica de Tía Virginia no tenía perdón. A las cinco de la madrugada la rutina diaria en la Aldea iba comenzando. Cada mañana a esta hora, mientras yo podía quedarme otro ratito en la cama, los ocho chicos y dos chicas de «la ocho» se pusieron a barrer el suelo, preparar el desayuno y lavar su ropa a mano... pero eso sí, con la música *reggaeton* siempre a tope.

«La ocho» es una de las 17 casas de la «Aldea Infantil Rudolf Walther» en Salcajá, Guatemala, donde en total 170 niños y jóvenes han encontrado un nuevo hogar. En cada una de las casas hay una madre social, la Tía, que tanto cuida de ellos como intenta crear un ámbito familiar. El verano pasado tuve la oportunidad única de trabajar y convivir durante dos meses con esos niños, compartiendo con ellos no sólo la casa y la comida, sino también muchos momentos especiales.

La mayoría de los residentes de la Aldea, fundada y sostenida por la ONG alemana «Kinderzukunft» (Futuro de los niños), no son huérfanos al pie de la letra. Más bien los calificaría de «huérfanos sociales» cuyos padres no pueden o no quieren ocuparse de ellos. En casi todas las actas de los niños uno puede leer y asustarse de sus tristes pasados, los cuales narran de violencia familiar, padres alcohólicos, abuso sexual, negligencia parental, extrema pobreza y otros tristes episodios.

Aún más sorprendente me resultó por todo esto su comportamiento y forma de ser. Desde un primer momento me mostraron mucho cariño, dándome abrazos y besos, cogiéndome de la mano y acariciándome. Siempre estaban muy interesados y me inte-

rrogaron en cuanto a mi vida, mi familia y mi país o cualquier otra cosa que les hubiera llamado la atención.

Cuando les observaba jugar, me pareció increíble que se pudiese tratar de niños maltratados y traumatizados. Me pregunté si no hacía falta más que un lugar protegido como la Aldea y un poco de tiempo para curar todas las heridas.

Pero evidentemente la cosa no es tan fácil. Aparte de experiencias traumáticas - procesadas o no - muchos de los niños están marcados por años de desnutrición, lo que ha perjudicado gravemente su desarrollo físico y mental. Como consecuencia de este menoscabo, concentrarse, aprender algo nuevo y desconocido o transferir lo aprendido les sigue costando bastante.

Por las mañanas trabajé en la humilde escuela rural de la Aldea, ocupándome de los más pequeños. Al llegar a la guardería, ya me esperaban las madres que venían de Salcajá u otros pueblos vecinos para entregarme a sus hijos.

Jugar, cantar, bailar y pintar un rato con quince niños de entre cuatro y seis años suena divertido pero en realidad fue un trabajo durísimo. Sin embargo, la mayor parte del tiempo me lo pasé bien con ellos y nos beneficiamos mutuamente, por ejemplo en lo concerniente a nuestro idioma. Mientras a ellos se les fue pegando el «vale» y la forma del «vosotros» de España, yo agregué palabras guatemaltecas como «patojo» (niño), «caminoneta» (autobús) o «canche» (rubio/a) a mi vocabulario. Pero sobre todo me enseñaron a tener mucha paciencia y a no perder los estribos cuando al mismo tiempo uno de ellos estaba llorando, otro pegando, otro tirando la leche y el último pintando las paredes.

La tarea que más me gustaba eran las clases de apoyo e inglés que di a jóvenes de entre 13 y 17 años, después de

los almuerzos. Sinceramente me quedé alucinada con el comportamiento de esos chicos, dado que en este punto no se parecían nada a los coetáneos españoles o alemanes con los que había trabajado antes. Fue muy agradable ser la profesora de aquel grupo ya que siempre fueron muy corteses, nunca me faltaron el respeto y tampoco nadie molestó en clase.

La rutina de la Aldea se apoderó velozmente de mi ritmo cotidiano y me fui adaptando a esa vida tan diferente y ajena sin darme cuenta. Al cabo de pocas semanas ya no me importó desayunar frijoles a las seis de la mañana y tampoco eché de menos la tele o el móvil, al contrario.

Logré dormirme sin problemas sobre una cama durísima, envuelta en un saco de dormir y tapada con dos mantas para no pasar frío. Tomé café instantáneo con leche en polvo, deseé el «buen provecho» no antes sino después de comer y abracé a los compañeros de la escuela, al saludarlos, sin que me pareciera extraño.

Cuanto más me fui acostumbrando, más se me fue pasando la excitación inicial que había sentido al llegar a Guatemala. Se me hicieron menos los momentos sobrecogedores y de asombro total. Entonces empecé a darme cuenta de que en la Aldea tampoco todo lo que brillaba era oro.

Por un lado era obvio que las donaciones de Alemania no siempre llegaban a los destinatarios por haberse perdido antes, y tanto la corrupción como los pequeños delitos (por ejemplo, llevarse alimentos de la Aldea a casa) estaban a la orden del día.

Por otro lado noté el desamparo de algunos empleados que no se dejaban llevar por esa falta de escrúpulos. Sin embargo no se atrevían a abrir la boca porque temían perder el trabajo. Tal vez no es de extrañar que todo esto ocurra en un ambiente tan indigente

como el altiplano guatemalteco. Pero aún así es triste ver el aprovechamiento a costa de los niños y reconocer la dificultad de cambiar esas circunstancias. Por desgracia estos no son los únicos problemas a los que Guatemala ha de enfrentarse y tampoco los más graves.

El Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de España avisa en su página web que «las condiciones de seguridad en Guatemala se han deteriorado significativamente en los últimos meses.» Se advierte de «un importante aumento de la criminalidad común, particularmente en lo referido a robo de automóviles, asaltos, secuestros express, atracos y agresiones físicas y sexuales»¹.

¿Por qué viajar entonces a este país supuestamente tan peligroso? Afortunadamente tomé la decisión de irme sola a Guatemala antes de leer estas advertencias porque la Guatemala que yo conocí es distinta, completamente distinta.

No voy a negar que allí la cuota de criminalidad es más alta y estoy convencida de que hay más asaltos, atracos y robos que en nuestros países autodenominados «desarrollados». Pero, sin embargo, es enorme la discrepancia entre la imagen de Guatemala transmitida por nuestros gobiernos y la imagen que percibí yo cuando estuve ahí.

A lo mejor tuve mucha suerte pero a mí no me robaron, ni me asaltaron ni me violaron y tampoco me secues-

traron. Tomando ciertas precauciones básicas (por ejemplo, no salir sola por la noche), nunca me sentí amenazada o insegura, nunca tuve la impresión de encontrarme en un ambiente violento mientras estaba en Guatemala.

La belleza natural —con sus volcanes, los lagos, la jungla— y los vestigios de la cultura maya son tan impresionantes y exóticos que cada vez más turistas emprenden un viaje a estos lugares mágicos. Según el Instituto Guatemalteco de Turismo (INGUAT), en el 2008 un total de 1.715.426 turistas ingresó al país². La mayoría de ellos se concentra cerca del Parque Nacional Tikal y en La Antigua.

Son sitios preciosos y cuando se viaja por Centroamérica es imprescindible visitarlos. Al pasear por las calles adoquinadas y limpias, uno se cruzará rara vez con mendigos o gente andrajosa que tiene más mellas que dientes en la boca. Es incómodo darse cuenta, pero de hecho se trata de mundos artificiales y protegidos, construidos únicamente para el turismo. Lamentablemente no tienen nada que ver con la realidad existente en Guatemala, o sea, lo que se encuentra detrás de los impactantes templos de Tikal y las lindas casas coloridas de La Antigua.

Finalmente cada uno de nosotros decide qué quiere ver y qué ignorar, pero aunque preferimos no enfrentarnos a la realidad, deberíamos por lo menos respetarla y comportarnos a la

altura de las circunstancias. No entiendo cómo se puede ir con la conciencia tranquila a un bufete libre en el país más golpeado por el hambre en Latinoamérica, sobrecargar el plato con comida y luego tirar la mitad mientras un 50% de los niños guatemaltecos menores de cinco años están afectados con desnutrición crónica³. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Guatemala es un país que todavía tiene que dar la cara por muchos problemas estructurales y luchar contra bastantes inconvenientes omnipresentes. Pero sin duda alguna es el país más fascinante, maravilloso y rico en contrastes que he conocido y el tiempo que pasé allí fue el más excitante, enriquecedor y emocionante, a la vez que el más duro y meditabundo de mi vida.

En ningún momento me arrepentí de haber hecho este viaje y recomiendo a cada uno atreverse a mirar más allá de su propia nariz — siempre que no lo haga con la actitud del rico europeo sabelotodo— sino con la mente abierta y con el respeto suficiente por una cultura y mentalidad diferente.

Es cierto que en Europa algunas cosas funcionan mejor, pero también podemos aprender mucho de los guatemaltecos, entre otras cosas, quejarnos un poco menos, no obsesionarnos tanto con la angustia existencial y enfrentarnos al futuro con más optimismo. ¡GUATEÁMALA!

1. <http://www.maec.es/es/MenuPpal/Paises/ArbolPaises/Guatemala/Recomendaciones%20de%20viaje/Paginas/recoGuatemala.aspx> , 25/10/2009.

2. <http://estadisticas.almadelatierra.com/boletines/BOLETIN%20ANUAL%20ESTADISTICAS%20DE%20TURISMO%202008.pdf> , p.6, 01/11/2009.

3. (Artículo del 08/09/2009) http://www.elpais.com/articulo/internacional/hambre/golpea/Guatemala/elpeuint/20090908elpeuint_4/Tes , 01/11/09.